

EL MUNDO DE LAS DAMAS

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES Á «LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA»

Año I

MAYO de 1887

Num. 5

SUMARIO

TEXTO.—*Ecos del mundo elegante*, por Josefa Pujol de Collado.—*Explicación de los grabados*, por Lavinia.—*Desvario* (poesía), por R. J. Catarineu.—*A Esperanza R. Zorrilla* (en su álbum), por Pedro Bonet Alcantarilla.—*Don Fausto*, por Paul de Musset (continuación) (traducción de C. M.)

GRABADOS.—1. La actriz inglesa mistress Kendal y su hija Daisy.—2. Un palco de la ópera en Viena.—3. Matinée parisién.—4. Estuche para guardar agujas.—5. Abanico con aplicaciones y varillaje esmaltado.—6. Figura 1. Caja de hojalata convertida en acerico. Figuras 2 y 3. Tela de araña.—7. Estuche para cepillo de sombrero.—8. Figura 1. Caja de hojalata, bordada. Figura 2. Asa de la caja anterior.—9. Manguito con bolsillo.—10. Peinados de París, últimos modelos.—11. Caja de hojalata convertida en saco de labor.—12. Peinado con adornos de hojas y cintas.—13. Vestido vienes para recepción.—14. Negligée de felpa, modelo berlinés.—15. Chaquetas propias para té.—16. Abrigos color escarlata, para montar; abrigos y trajes propios para caza.

ECOS

DEL

MUNDO ELEGANTE

En la presente temporada, adorables lectoras mías, las modas de Berlín se distinguen por el lujo desplegado en los trajes para teatro, baile y recepción, quedando por completo rezagados los vestidos propios para paseo y visita. Las telas del Japón, la Arabia y la India, son la nota fundamental de esos lujosísimos trajes, y para mayor realce de los tejidos, se les abrillanta con unos maravillosos polvos ó se les combina con tules plateados y flores aterciopeladas de relieve. Las tarlatanas, paulatinamente vuelven á aparecer, pero en ricos tejidos bordados, y no obstante al excesivo lujo que caracteriza actualmente á la sociedad berlinesa, los vestidos destinados á las jovencitas brillan por su sencillez, dando á comprender así que el mejor adorno de la juventud es la inocencia y el candor, aves de paso en nuestra azarosa vida.

En Viena, los colores *Maizé* y *Agua del Nilo*, son los preferidos por las damas elegantes, al par del blanco, celeste y rosa con gasas transparentes, y lluvia de oro. En cuerpos predomina el estilo Luis XV, y uno de los vestidos que más han llamado allí la atención, pertenece á la emperatriz Isabel, y es de la rica tela brocatel, adornado al gusto del Renacimiento con cola muy ancha y larga, siendo el cuerpo por entero cubierto de brillantes, flores y áureos *esprits*. Los bordados en plata, son hoy en la corte vienesa, la suprema elegancia.

Paris, en cuanto á sombreros, nos ofrece for-

mas pequeñísimas como última novedad; se les cubre la copa por entero con tul bordado y alas de mariposa, en profusión, que es el colmo del buen gusto. Por ejemplo el sombrero *Céres* es el que mejor idea puede dar de las corrientes que predominan durante la temporada; tiene rodea-

expresión más lujosa, predomina la felpa, azul antiguo, y para el *Thé*, el *feuille* plateado, en combinación con crespón blanco y encaje de Malinas.

La novedad más culminante en Londres son los sombreros de piel de gamuza, adornados con plumas, encajes y cintas. Aun que extraños producen excelente efecto y son muchas las damas que los usan. El color heliotropo sigue siendo de moda para vestidos y sombreros combinándose casi siempre con otomán y encajes, procurándose atenerse á esa sencillez artística tan difícil de obtener y que encierra, sin embargo, el secreto de la verdadera elegancia.

Madrid, queridas lectoras mías, con los encantos todos de la primavera nos ofrece infinitos modelos en el vasto arsenal de la moda, tantos, que es de todo punto imposible consignarlos en esta breve revista. No obstante, procuraremos mencionar los más salientes. La capota, pequeña, casi diminuta, sigue gozando del favor general; el

casco puede ser de paja bordada, encaje y con tul, lleva bridas para las señoras casadas, careciendo de ellas cuando se destina á jóvenes solteras. El sombrero redondo privará mucho este verano en España, particularmente el que afecta la forma Luis XI, siguiéndole muy de cerca en la predilección de las damas, el gracioso *Archiducquesa* con ala levantada, y el *Amazona* de elevada copa. El color grana en la gasa de los sombreros está muy de moda, pero precisa elegirlo y colocarlo con muchísima discreción á fin de evitar caer en la chocarrería y el ridículo. La faya mordoré para trajes de salón resulta elegantísima y más adornándola con encajes el cuerpo de peto, abierto sobre plastrón de *surah*, es el que conviene á esta clase de trajes. La faya gris, para paseo es muy á propósito, como la lana escocesa para trajes de mañana. En lo referente á trajes para concierto, precisa desde luego, usar falda redonda, y las felpas y el crespón combinados, es lo más distinguido para esta clase de fiestas. El *foulard* color

salmón, con lunares, ofrece ancho campo para que se luzca la fantasía de nuestras modistas, pues hay variedad de modelos, donde elegir, á cual más bellos y en lanas listadas y floreadas tenemos una inundación no sabiendo á cual dar la preferencia puesto que todas son recomendables por igual y se ajustan á las exigencias de las posiciones más modestas.

No olviden nuestras bellas é inteligentes lectoras, que la adopción de una hechura elegante



1.—LA ACTRIZ
INGLESA
MISTRESS KENDAL
Y
SU HIJA DAISY

da el ala en toda su extensión por una guirnalda de espigas y mariposas, el centro del casco le cubre tul de oro, teniendo por todo adorno un lazo de terciopelo y un grupo de florecillas silvestres. Las flores predominan decididamente en los sombreros y las capotas suelen cubrirse actualmente de tul. Predomina la forma princesa en los vestidos más elegantes para sociedad, y el brocatel blanco es el tejido favorito de las damas parisienses. Para trajes de casa en su

Ayuntamiento de Madrid

está al alcance de todos; la riqueza de las telas, la suntuosidad de los adornos, es una cosa secundaria hasta cierto punto; hoy las imitaciones son un gran recurso, y el arte de vestir, lejos de ser una tarea enojosa y difícil de dominar, es, por el contrario, ocupación agradable y en él puede hacer gala la mujer de esa risueña fantasía que la caracteriza, de esa intuición artística maravillosa que forma uno de los rasgos más salientes y encantadores de la individualidad femenina.

J. P. DE COLLADO.

EXPLICACIÓN

DE LOS

GRABADOS

GRABADO N.º 1.
—*Galería de artistas contemporáneos.*
—Ofrecemos en este grabado á las lindas lectoras de EL MUNDO DE LAS DAMAS, en artístico grupo, los retratos de la popular actriz inglesa señora Kendal y el de su hija Daisy. Dicha artista, á la que mejor se la conoce con el nombre de Madge Robertson, nació en el mes de Marzo de 1849, distinguiéndose notablemente, lo propio que ella, su familia, por sus disposiciones artísticas celebradas en toda Inglaterra. Madge Robertson debutó como actriz á la edad de cuatro años en la pieza *Pobres viajeros!* imitación de Carlos Dickens, caracterizando admirablemente á una niña ciega, pero lo que llamaremos su *debut* formal, tuvo lugar en Londres, con *Ofelia*, en 29 de Julio de 1865, á partir de cuya fecha se hizo popular en su patria. Es artista de muchísimo talento, sabe caracterizarse de un modo notable y viste con suma elegancia y distinción, haciendo casi siempre gala de una adorable sencillez.

GRABADO NÚM. 2.—*Un palco de la Ópera en Viena.*—Actualmente goza de gran boga en la capital vienesa el traje *Pompadour* según podemos juzgar por los grabados que nos proporcionan los periódicos de modas. En el presente figurín podrán ver nuestras abonadas cuanto se usa en Viena el cabello empolvado, los escotes cuadrados y además los cuerpos llamados *bretille*, sin mangas, propios para las damas que no son demasiado delgadas. En lo referente á trajes juveniles la moda vienesa se inclina resueltamente al tul de plata, de efecto deslumbrador y que se presta infinito para vestidos sencillísimos y á la par elegantes.

GRABADO NÚM. 3.—*Matinée parisién.*—Es de lana color coral claro, cuello ancho caído y los puños de los llamados *Bizancio*, armonizando con los lindos adornos de la garganta y finísima camisa, sobre la cual se abre este elegante *matinée*. El bordado es de oro y forma agradabilí-

simo juego con la áurea guarnición de este precioso traje de mañana.

GRABADO NÚM. 4.—*Estuche para guardar agujas.*—Bastan 38 centímetros de felpa buena para hacer este lindísimo estuche que debe ser ribeteado con forro de raso, y haciendo en el mismo forro los compartimentos necesarios que ya indica el grabado para guardar las diferentes agujas necesarias á las labores de adorno, femeninas. La tapa del estuche es susceptible de embellecerse con dibujos y bordados, los cuales quedan á discreción de quien lo ejecuta. Puede emplearse en estos bordados que adornan la tapa el procedimiento del cañamazo, según indicamos en el estuche para cepillo de sombrero. Las cintas que sirven para cerrarle, no deben ser muy anchas y

embellecerse con dibujos y bordados, los cuales quedan á discreción de quien lo ejecuta. Puede emplearse en estos bordados que adornan la tapa el procedimiento del cañamazo, según indicamos en el estuche para cepillo de sombrero. Las cintas que sirven para cerrarle, no deben ser muy anchas y

caja de hojalata convertida en acerico.—La descripción de esta figura se reduce sencillamente en cortar un pedazo de tela negra ó de color en forma circular, un centímetro más ancho que la caja, se coloca la caja sobre la tela y se aplica goma al rededor, y cuando está enteramente seca se llena la caja con salvado, se cubre luego con un lienzo fino que se cierra además con una tira de papel, y así preparado, se puede adornar de mil modos diferentes.—*Figura núm. 2.*—Es una tela de araña sobre la cual se han enredado varias mariposas que son aplicaciones de raso sobre un fondo verde oliva que se coloca después en la tapa de la caja. Como el dibujo resulta clarísimo, renunciamos á dar del mismo una detallada descripción por considerarla perfectamente inútil.—*Figura núm. 3.*—El bordado pertenece al mismo género del anterior y sirve según puede colegirse por su forma, para colocar al rededor del acerico. Los contornos de las mariposas se hacen con hilo de oro y puesta luego la tira con gracia al rededor del acerico disimulando la unión con la tapa por medio de un cordón de seda ó un encaje estrecho y rizado, resultando el conjunto una lindísima labor de adorno.—

GRABADO NÚM. 7.—*Estuche para cepillo de sombrero.*—Este estuche se confecciona con dos tiras de raso color oro viejo, cuyo largo sea de 20 centímetros, teniendo la una de ancho, 19 centímetros y la otra 13, sobre ellas se coloca cañamazo del más fino, bordándole las iniciales, un grupo de flores, un medallón, etc., etc. Después de bordado se quita el cañamazo hilo á hilo, quedando de este modo solamente en pie las letras, y resulta una labor lindísima muy propia para regalo de familia por su utilidad y sencillez.

GRABADO N.º 8.

—*Otra caja de hojalata, bordada.*—Esta caja de forma completamente distinta á la anterior, admite todas las variaciones que el buen gusto femenino quiera introducirle; puede ser lo mismo bordada que pintada, produciendo de ambos modos magnífico efecto, según puede juzgarse por el grabado que acompañamos. La figura 2.^a representa una sencillísima asa para la caja, puede ser de cartón cubierta de raso y ribeteada de modo que armonice con la caja antes descrita, la cual puede, sino se

quiere pintar, cubrirse de raso y además las flores formarlas con aplicaciones de colores sobre fondo claro, cosa que resultará de maravilloso efecto.

GRABADO NÚM. 9.—*Manguito con bolsillo.*—Se puede confeccionar esta prenda de adorno en casa con suma facilidad. Afecta la forma de un corazón, por delante es de terciopelo negro, largo 27 centímetros y ancho 20, por detrás es de tela brocatel, siendo el forro interior indefectiblemente de raso negro, se coloca entre el terciopelo exterior y el raso interior, algodón en rama, cordones de pasamanería y azabache, al par de encaje y anchas cintas, le rodean, y velando algo los contornos de la forma, le embellecen muchísimo y en cuanto á la boca del bolsillo, como indica el grabado, debe hacerse en la parte superior. Este modelo es de ejecución más sencilla de lo que á primera vista parece y tiene un sello especial de elegancia, que quita



2.—UN PALCO DE LA ÓPERA EN VIENA

su color, como es natural, armoniza siempre con el tono general del estuche.

GRABADO NÚM. 5.—*Abanico con aplicaciones y varillaje esmaltado.*—Una de las particularidades más notables que ofrece este abanico, es el precioso varillaje de esmalte oxidado, y á imitación del mismo, con aplicaciones de gasa, tul y crespón, la moda ofrece variedad de modelos. Algunos de ellos ostentan incrustaciones de concha, moscas delicadamente dibujadas, algas marinas y espléndido follaje. No obstante, debemos advertir á nuestras bellas lectoras, que para elegantes trajes de noche, teatro, baile, etc., etc., se usan con preferencia los abanicos de pluma de avestruz, montados sobre varillajes de concha. Estos últimos sólo se adquieren á elevadísimos precios, y, por esta razón, son considerados actualmente como la suprema expresión del buen gusto.

GRABADO NÚM. 6.—*Figura núm. 1.*—Una

toda idea, de lo que vulgarmente se llama *labor casera*.

GRABADO NÚM. 10.—*Peinados de París*.—*Últimos modelos*.—Uno de ellos está artísticamente empolvado, y por su forma recuerda la época de Luis XV, es peinado á propósito para comida y en el gran mundo parisién se usan con profusión. El otro es peinado *catogan*, sujeto graciosamente con cintas, lleva en la parte superior de la cabeza pequeñas florecillas diseminadas con arte, contribuyendo al conjunto algunas hojitas verdes. Los rizos que caen hacia la frente en este último modelo deben ser muy rizados y separados, de modo que permitan ver el centro de la frente, disposición especial del cabello que sienta muy bien á muchas fisonomías. Hasta hoy, sin decidirse por ningún lado la victoria, se disputan la supremacía los peinados bajos y altos adoptándose indistintamente ambos géneros, y si bien el que ofrece más novedad es el bajo, en razón de ser más caluroso para verano, tal vez no logre gozar del favor que en el mundo de la moda se concede siempre á las novedades de toda clase que continuamente nos proporcionan agradables sorpresas.

GRABADO NÚM. 11.—*Caja de hojalata convertida en saco de labor*.—La confección de esta caja, obedece exactamente á las explicaciones dadas para las labores que le precedieron, solo varía el dibujo en nuestro modelo. En cuanto á lo que forma la bolsa, debe ser de raso en color claro, liso y muy fruncido hacia la cúspide, para que permita dilatarse mucho para meter en la referida bolsa las labores más ó menos voluminosas, que la casualidad ó la elección depare á su dueña.

No extrañen nuestras lectoras que en el género de trabajos femeninos, que sirven para convertir en objeto útil, las casi insignificantes cajas de hojalata, nos hayamos extendido hasta el punto de ofrecer tres diferentes modelos. Como es labor actualmente de moda y tiene por fin la utilidad de un objeto insignificante hasta el punto de convertirse de vulgar y adocenado, en artístico y bello, juzgamos oportuno recomendarle al ingenio y buen gusto femenino, puesto que su maravillosa transformación debe por necesidad cautivar la fantasía siempre incansable y risueña de la dulce compañera del hombre.

GRABADO NÚM. 12.—*Peinado con adornos de hojas y cintas*.—Sobre la frente ostenta profusión de artísticos rizos, el rodete recogido con gracia hacia la nuca, y entrelazando el pelo, cintas y hojas, forma un todo sumamente artístico y sencillo. Lo recomendamos á las lindas lectoras de EL MUNDO DE LAS DAMAS como un modelo notable de temporada. Actualmente precisa no olvidar que los peinados más sencillos son los más elegantes, prefiriéndose entre todos aquellos que dejan admirar mejor los graciosos contornos de la cabeza. Los adornos de peinados cuanto más pequeños mejor, unas cuantas florecillas ó un grupo de *esprit*, bastan para adornar bellamente una cabeza femenina.

GRABADO NÚM. 13.—*Vestido vienés para recepción*.—Este grabado ofrece la exacta reproducción de un elegante traje debido á uno de los más acreditados talleres de modas vienesas. La cola es de raso muy tupido, color rosa claro, y se adorna artísticamente con guirnalda de

rosas bordadas, el delantero del vestido algo corto deja ver el elegante zapato, hallándose adornado en toda su extensión la parte que forma el delantal con bordados de perlas finas mezcladas con rosas, interrumpiendo la monotonía del adorno un bien entendido drapeado de crespón. En cuanto á la cola cae en anchos pliegues con encantadora naturalidad, luciendo en el centro de la misma un grupo de rosas y mariposas. El cuerpo es ceñido y escotado, el plastrón bordado como la falda pero liso en los costados y espalda, sirviendo de remate al traje un peinado de última moda por entre cuyas ondulaciones brillan con indiscreto fuego hermosísimos brillantes.

GRABADO NÚM. 14.—*Negligée de felpa*.—*Modelo berlinés*.

—Es un traje holgadísimo y cómodo, de felpa gris, forrado con raso color de rosa que caen am-

habillé ó vestido para casa, cómodo y holgado, de suerte que estas chaquetas pueden ser sencillísimas ó lujosas, según la fortuna de la dama que las use, adornándose algunas con riquísimos encajes. Confeccionanse con felpa, raso y *surah*, sobre todo se hacen muchas de felpa rizada y lisa, llevando la inmensa mayoría de ellas, chupas flotantes con cuello marinero, cuya vuelta debe ser de raso del color de la falda.

GRABADO NÚM. 16.—*Abrigos color escarlata, para montar, abrigos y trajes propios para caza*.—Por este año las aristocráticas cazadoras, en vez de llevar ceñido el cuerpo con la tela de que está confeccionada la falda amazona, llevan una chaqueta color escarlata, algo larga y de forma muy parecida á las levitas que usan los cazadores con botones de metal grabados, látigo como el que ofrecen nuestro grupo de modelos, corbata blanca y alfiler en forma de herradura. Hasta aquí la descripción de las dos amazonas, respecto á las otras damas que figuran en el mismo grabado, llevan abrigos sumamente ceñidos, con dos hileras de botones de nacar sobre los cuales se distinguen en esmalte negro, coches, caballos y otros dibujos alusivos, el uno de estos abrigos es claro, el otro casi negro, de una mezclilla ligera, con cuello alto de terciopelo. El figurín que luce en la cabeza *toque* de jockey, lleva abrigo muy elegante de tela escocesa con cuadros verdes y encarnados, el vestido también es de cuadros pero más grandes drapeado, con delantal rematando en punta por delante y recogido á los lados, formando un conjunto sumamente airoso. El modelo de abrigo cruzado sobre el pecho que corresponde á la figura del fondo, tiene cuello alto que

asoma por entre las solapas, no igual á la tela del vestido sino un poco más claro, sin llegar á ser blanco; el sombrero jockey, de paño como el abrigo.

LAVINIA.



3.—MATINÉE PARISIÉN

plios pliegues sobre una falda interior, blanco-crème. Sin embargo, el presente figurín sirve para tomar tan solo una idea general, pues muchas *negligées* parecidas á la presente suelen hacerse en tonos muy opuestos, pongamos, por ejemplo, combinados los colores azul celeste y malva, heliotropo y naranja. También armonizan los colores azul claro y encarnado algo desvanecido, para esa clase de prendas propias para casa.

GRABADO NÚM. 15.—*Chaquetas propias para té*.—Los trajes completos para té que tanta boga alcanzaron no há mucho, ceden el sitio ahora á lo que se llama *chaquetas para el té*, á las cuales secundan faldas ricamente adornadas. El traje en conjunto es una especie de des-

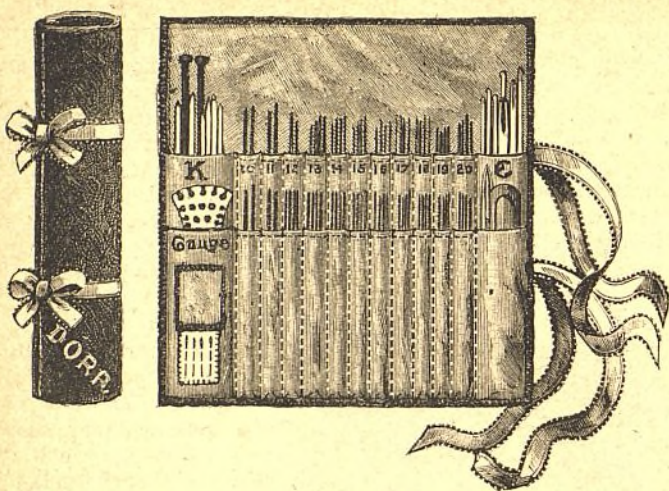
DESVARIO

I

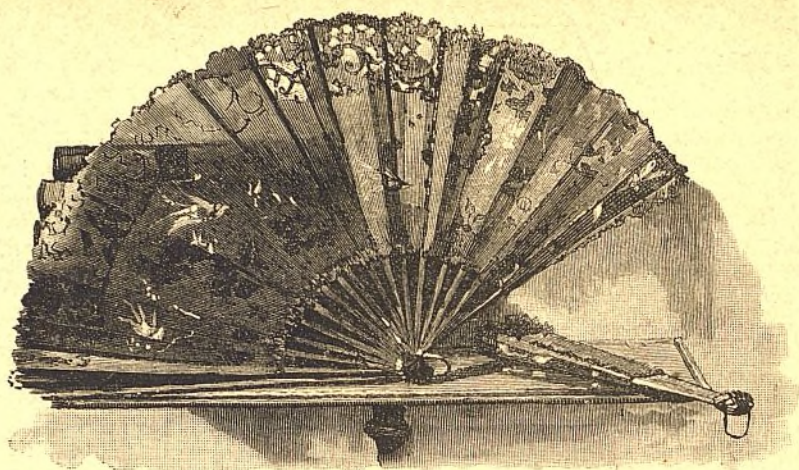
Yo anhelo tus caricias, alma mía; no es sombra mi cariño; me haces más falta que la luz al día y la tutela maternal al niño.

Salgo de la niñez, pero ya llevo el corazón gastado y no podré vivir si no renuevo las horas de delicia que han pasado.

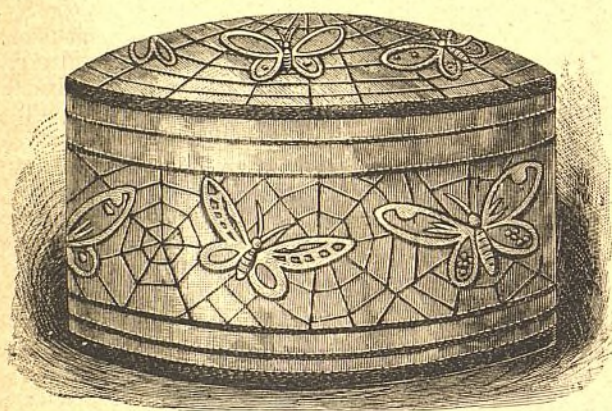
¡Besos y copas! ¡algazara, orgía! ¡Más goces, más encantos, más amor!... Este es el siglo del vapor, hoy día ya los jóvenes todos, vida mía, vivimos al vapor.



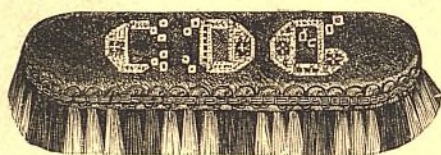
4.—ESTUCHE PARA GUARDAR AGUJAS



5.—ABANICO CON APLICACIONES Y VARILLAJE ESMALTADO



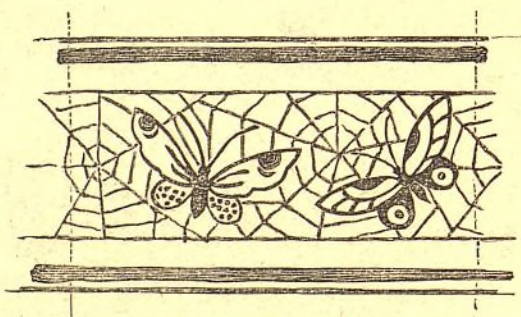
6.—FIG. 1. CAJA DE HOJALATA CONVERTIDA EN ACERICO



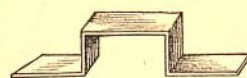
7.—ESTUCHE PARA CEPILLO DE SOMBRERO



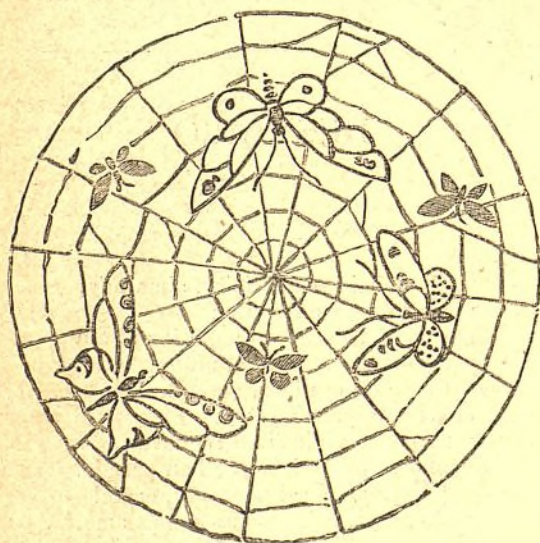
8.—FIG. 1. CAJA DE HOJALATA, BORDADA



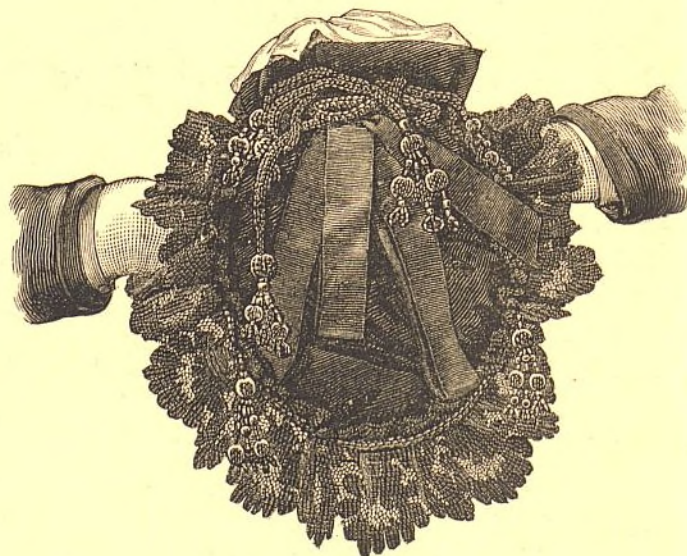
6.—FIG. 3. TELA DE ARAÑA



8.—FIG. 2. ASA DE LA CAJA ANTERIOR



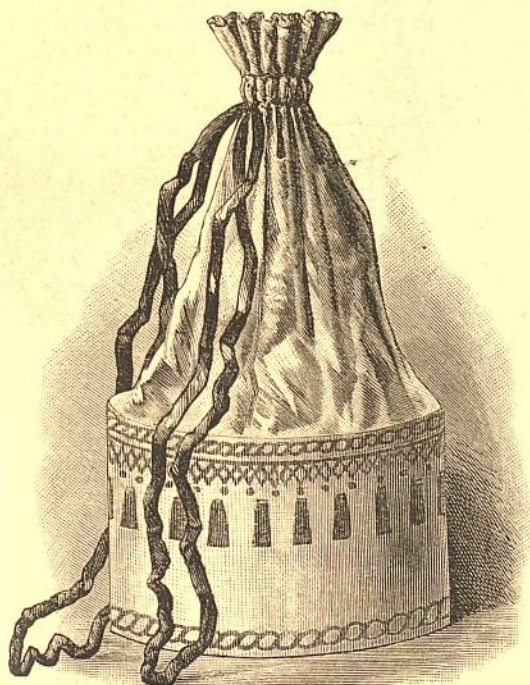
6.—FIG. 2. TELA DE ARAÑA



9.—MANGUITO CON BOLSILLO



10.—PEINADOS DE PARÍS, ÚLTIMOS MODELOS



11.—CAJA DE HOJALATA
CONVERTIDA EN SACO DE LABOR



12.—PEINADO CON ADORNOS DE HOJAS Y CINTAS



13.—VESTIDO VIENÉS PARA RECEPCIÓN



14.—NEGLIGÉE DE FELPA, MODELO BERLINÉS

II

¡Ven! Tengo el corazón hecho pedazos y, antes de que lo llegue á consumir reclinado en impúdicos regazos, quiero estrecharte á solas en mis brazos y al calor de tus besos revivir.

¿Qué es pronto para mí?... De todos modos, tengo sueños orgiásticos de amor. ¡Este es el siglo del vapor, y todos vivimos al vapor!

R. J. CATARINEU.

Á ESPERANZA R. ZORRILLA

EN SU ALBUM

Un jardín, muchas flores, una fuente
que corre hacia la mar;
muchas aves que cantan en las ramas
al día que se va.
Sentada junto á un árbol una joven
de rostro celestial.
A lo lejos un hombre que se acerca;
¡qué dulce es el amar!...

Desierto está el jardín. La fuente calla
su dulce murmurar;
ya no cantan las aves en las ramas:
silencio sepulcral.
La joven asomada á una ventana
mirando al que se va;
con él huyen la dicha y la alegría
¡quién pudiera olvidar!...

Así buscando va constante el alma
la dicha y la ilusión,
sin pensar que van penas y amarguras
unidas al amor.
Hoy tú tienes repleto de esperanzas
tu hermoso corazón;
¡quién sabe si después que hayas amado
te matará el dolor!

PEDRO BONET ALCANTARILLA.

DON FA-TUTTO

(CONTINUACIÓN)

—¿El paso queda franco, pues?—repuso Centoni.—¿Puedo ir á San Dámaso?

—No sé si podrá hacerlo su señoría. Hay croatas de la reserva á dos millas de vuestro castillo. No podréis pasar sin encontrar soldados. Habrá que hacer como si fuerais de paseo y mirárais sin aparentar que se piensa en nada, porque si os parecéis á un viajero que viene de lejos, os detendrán. No digo que no os pueda llevar bien en mi bote, pero estaré todo un día arrastrándolo con una cuerda, mientras que andando, á paso largo, estaréis en vuestra casa á mediodía.

—Parto al instante,—dijo Centoni.—Hijos míos, volved á Venecia. Susanetta, irás al hotel Danieli; les contarás nuestro viaje á las damas irlandesas y les dirás que si comen alcachofas me lo deberán á mí.

—Patrón,—dijo la joven,—no iré á Venecia; es menester que os acompañe. Cuando nos vean los austriacos retardaremos el paso, nos entretendremos por los bordes del camino y cogeré flores; haréis como que me cortejáis, soy bastante linda para eso; vos me lo dijisteis, y así podréis pasar por en medio de los uniformes blancos.

—Seguid el parecer de esa tosa,—dijo Pascuale.

Matteo presentó algunas objeciones á la partida de su hermana, pero ella le cerró la boca llamándole gallina.

La góndola se aprestó á volver á Venecia; Pascuale regresó á su bote, mientras Centoni y Susanetta tomaban por el camino orillado de moreras, y la tosa hizo ver perfectamente á su patrón que no la había alabado demasiado diciendo que tenía buenas piernas.

V

Gracias á la malicia de Susanetta y al buen continente de Centoni, pasaron ambos, con el aire más inocente del mundo, por en medio de los soldados imperiales, sin despertar su desconfianza.

Sentado en un antiguo sillón, el patrón descansaba en casa de su colono.

—Así, pues, tío Nicolo,—decía,—tu cosecha del año es abundante; el trigo está en los tro-

—Trabajaré de noche con mis chicos.

—Muy bien. Y ahora, ¿piensas tú que los payeses del llano querrán venderme también sus cereales, mediante hipoteca sobre mis fincas?

—¿Qué hipotecas?—respondió el colono.—Todo el mundo os conoce á diez leguas á la redonda; os prestarán á crédito.

Y el buen hombre repuso, acariciando su barba gris:

—¿Conque, la república tiene dinero? ¡Jamás lo hubiera creído! ¿Ese Manín es, pues, un brujo?

—No es un brujo, pero sí un gran corazón y un hombre de genio.

Por más que hubiese dormido muy poco y mal la noche anterior, quiso Centoni asistir á la carga y partida de las harinas.

Al día siguiente, provisto de los datos que le había dado Nicolo, fué á casa de los labradores de los contornos y les compró las cosechas á precios demasiado buenos para ser rechazados.

No contento con poner á contribución los campos que atravesaba el Sile, recorrió toda la llanura regada por el Piave inferior. En todas partes se le acogió como amigo y se tenía fe en su palabra. Su actividad febril, su familiaridad con los subalternos, todas sus manías habituales, convertíanse, en las circunstancias presentes, en otras tantas cualidades de las cuales sabía sacar ventaja. Como no tenía intención de alimentar á Venecia por sí solo, se había hecho dar los poderes necesarios para tratar en nombre de la república.

Cumplió su misión hábil y secretamente, sin otro medio de acción sobre los espíritus incultos á quien se dirigía que su bondadoso carácter y su elocuencia familiar, sin otros corretores que los hijos de su colono, sin otros correos diplomáticos que Susanetta y Betta.

Los labradores del norte de las lagunas, habiendo salido bien de sus primeras expediciones y realizado pingües beneficios, tomaban, el camino de Venecia sin otro estimulante que el aguijón natural del lucro. Su mismo ardor no debía tardar en hacerse peligroso para el agente secreto de Manín. Un

comisario de guerra imperial haciendo una requisa de forraje echó de ver que muchas granjas donde había visto abundantes provisiones de trigo se encontraban absolutamente exhaustas. Interrogó á los dueños y quedó convencido de que sus respuestas eran mentira. Uno de esos gañanes, apremiado á preguntas, confesó que un desconocido le había comprado sus granos y mediante amenazas se le pudo arrancar el nombre de ese comprador, á quien conocía perfectamente.

Un día, era un invierno, no había amanecido todavía, cuando se dejó oír un rumor insólito en la aldea de San-Dona, que Centoni había escogido como centro de sus operaciones. Don Alviso, oculto en la humilde casita de un remendón, despertó y se estremeció al reconocer la voz de *tenorino* del tambor austriaco. A los primeros albores matinales miró por la ventana y vió á lo lejos algunos soldados ante sus armas en pabellones. Resolvió prudentemente pasar el día encerrado en su vivienda. Estaba desayunándose con una polenta preparada por la remendona cuando llegó corriendo Susanetta.

—Patrón,—dijo,—hay que *scampare*. He oído al teniente hablar de vos con el sargento en su



15.—CHAQUETAS PROPIAS PARA TÉ

jes, y tienes, además, una buena provisión de harinas del año pasado. ¿En cuánto lo estimas tú, todo junto?

—En tres mil ducados,—respondió Nicolo;—pero los comisarios del ejército imperial pueden venir á buscarlo mañana, so pretexto de requisas, y si me pagarán ó no, Dios lo sabe.

—Pues bien; yo,—dijo Centoni,—te lo compro hoy mismo, y te evito el trabajo de venderlo y los riesgos de la guerra. En lugar de dinero, te tomo las cosechas y te doy recibo de tus mil ducados, á cuenta de tres arriendos.

—Me sacáis de un gran apuro,—dijo el colono.

—Pero hay una condición,—repuso el patrón; el que lo enviarás todo á la desembocadura del Piave.

—¡Mis trigos y mis harinas en medio de las aguas!—exclamó el colono.—¿Qué queréis, pues, hacer de ellos?

—Los expido á Venecia.

—¡Ah! Ya adivino; los vendéis al gobierno provisional. ¿La república tiene dinero, pues?

—Más de lo que podrías imaginar. Pero, ¿cómo vas á componértelas para que no se aperciban de nada por ahí?

Ayuntamiento de Madrid

horrible jerga. Como les miraba de cerca me han preguntado si os conocía. He respondido, echando á perder vuestro nombre, que no había ningún Alviso Zeretoni en San-Dona y que ese señor no era del pueblo.—Eso ya lo sabía yo, tontaza,—me ha dicho el sargento,—y ha partido, palo en mano, en busca del alojamiento en que habitáis. Si el teniente promete una recompensa al que le enseñe vuestro escondite, seréis vendido. No esperéis la noche. Pedidle al remendón su vestido de las fiestas y quedaréis bastante disfrazado.

A la idea de una visita domiciliaria, la remendona tembló con todos sus miembros y se quejó de haber sido engañada por un enemigo del *buon governo*. Don Alviso quemó las cartas de Manín. La ceniza de aquellos papeles humeaba aún en la chimenea cuando resonó en el umbral de la casita ruido de culatas. Cuatro de los fusileros alemanes permanecieron delante de la puerta y el sargento entró seguido de otros dos soldados.

—Sois el señor Alviso Centoni,—dijo,—no tratéis de negarlo, tengo vuestras señas.

—No lo niego,—respondió Centoni,—¿Qué me queréis?

—Tengo orden de deteneros y conducirlos á San-Biaggio.

—¿De qué se me acusa?

—No sé nada. ¡Ah! ¡Héte ahí! ¡Bribona!—añadió el sargento viendo á Susanetta.—Parece que conoces ahora á ese *signor* y que has sabido encontrar su casa.

—No que no,—respondió la joven.

—Ya te enseñaré ahora como se llama,—repuso el sargento,—haciéndote dar en la plaza una carrera de baquetas tantas veces como letras tiene su nombre.

—No se da la *schlague* á los italianos,—respondió Susanetta;—eso es bueno para los alemanes.

El bigote rubio del sargento tembló de cólera. Levantó el palo acercándose á la joven, pero ella no retrocedió un paso; con los dientes apretados y la mano derecha oculta en los pliegues de las sayas, miró fijamente á su adversario entre los dos ojos. El sargento bajó el bastón, murmuró algunas injurias en alemán y mandó al preso que echase á andar delante de él. Susanetta sacó entonces la mano derecha de las sayas; tenía un cuchillo abierto; cerrólo y volvióselo á meter en el bolsillo.

—¿Y si ese azotador de mujeres te hubiese pegado?—le dijo la remendona.

—Le habría descosido,—respondió ella.

Don Alviso hizo su entrada en San-Biaggio entre cuatro soldados, como un malhechor. La calle principal estaba atestada de caballos. Un viejo capitán de húsares, seco, huesudo, de rostro curtido, se levantó de un banco de piedra donde estaba sentado fumando con gruesa pipa de porcelana y preguntó si el prisionero aquel era el hombre de las harinas. Ante la respuesta afirmativa del sargento, el viejo raitre (1) se llevó á Centoni á una especie de cuerpo de guardia á fin de interrogarle. El húsar no sabía palabra de italiano, ni el prisionero miaja de alemán, por lo cual explicáronse mal que mal en francés. Centoni se enteró de qué tenía que defenderse de la acusación de maniobras y connivencia con los súbditos rebeldes de su majestad imperial. Sin negar los hechos imputados respondió sencillamente que había usado de su derecho de propietario vendiendo los cereales á quien ofrecía por ellos más elevado precio. El viejo militar felicitó á Centoni por su franqueza, y como tenía la costumbre de añadir una *H* aspirada á todas las palabras francesas que empezaban en vocal expresó su satisfacción diciendo que era aquel un perfecto *hinterroga-toire*.

En aquel momento un joven edecán, pelirrojo, de talle de avispa, montado en un caballo muy vivaracho detúvose delante del cuerpo de guardia. Cambió algunas palabras en alemán

con el húsar y hablóle enseguida en francés, con la evidente intención de ser comprendido por el prisionero.

—Dadme el parte,—le dijo:—voy á llevarlo á Treviso y mañana recibiréis la orden de pasar por las armas á ese hombre.

El joven edecán metióse el papel en el bolsillo, rozó con las espuelas el flanco de su bonito caballo que se encabritó graciosamente y partió á galope. En el fondo de la sala convertida en cuerpo de guardia había un cuarto sin ventana, iluminado por una vidriera colocada encima de la puerta. El viejo raitre instaló en el á Centoni diciéndole que tendría allí un *joli petit prison*. El mobiliario se componía de una sola silla de paja y de un tablado de madera con un jergón de paja de maíz. Sirvióse al prisionero una ración de rancho que el hambre le hizo encontrar pasable. Por la noche echóse sobre el jergón y dejando para el día siguiente las reflexiones tristes durmióse profundamente en medio de una batahola de gritos, groseras risotadas y votos. El sol había salido ya cuando don Alviso abrió los ojos, que se apresuró á cerrar, diciéndose que la jornada sería caliente para él y que harto pronto vendría. Entre los ruidos confusos del cuerpo de guardia creyó oír una voz que pronunciaba su nombre, lo cual parecía indicar que se aproximaba el funesto cuarto de hora; pero continuó gustando el semi-sueño de la mañana pensando que se hallaba en país cristiano y que se le dejaría tiempo para encomendar su alma á Dios. Sin embargo, abrióse la puerta; un hombre entró en el cuarto y vino á sacudir el brazo del prisionero. Centoni despertó por fin y reconoció á su amigo Pilowitz.

—¡Diablo de hombre, ese!—exclamó el capitán.—Duerme como al día siguiente de unas bodas.

—¿Pues qué querías que hiciera?—dijo Centoni.

—A fe,—repuso el capitán,—inocente ó culpable, no dormiría yo con esa calma que vos; vamos, levantaos; no seáis niño.

—Querido Pilowitz,—dijo Centoni saltando de su jergón—soy feliz al ver un rostro amigo. ¿Sois vos el encargado de mandarme allí donde no se va más que una vez?

—No,—respondió Pilowitz;—muy al contrario. Abracémonos, caro Alviso. Y ahora, corramos á lo que más urge: estáis libre. Traigo de Treviso la orden de vuestra excarcelación. No hay formalidad alguna que llenar. Tomad el sombrero y salgamos de este chiribitil infecto.

Don Alviso creyó deber despedirse del viejo raitre, y los dos amigos se fueron á almorzar juntos al mejor café de la villa.

—Mi pobre Centoni,—dijo Pilowitz,—os habéis librado de buena. ¿Creeríais que se os había pintado como un terrible conspirador, soplando el espíritu de rebelión entre los campesinos y acaparando los trigos para sumir en el hambre al ejército imperial? Por dicha, me encontraba ayer en casa del general Welden en el momento en que escuchaba esas denuncias de boca de un pollo apretado en su levitín como una señorita en su corsé. No he podido tenerme la risa. El general detesta las crueldades inútiles: le he hecho de vos un retrato tan diferente del primero que mis ganas de reír se le han pegado á pesar suyo. El pollo, contrariado, ha pretendido que, según el parte del viejo húsar, habíais confesado vuestros crímenes. Entonces hemos leído ese parte, donde aparece escrito que vendíais trigos, mientras se os acusaba de comprarlos; lo cual me ha dado ocasión de un soberbio movimiento oratorio: «Hay que entenderse, sin embargo, he exclamado: en una operación de comercio el mismo hombre no puede ser á la vez vendedor y comprador.» El general, tocado por la fuerza de este argumento, ha exclamado que ese ridículo error había durado ya demasiado tiempo y ha firmado la orden de soltaros. Hablemos de cosas más serias. Os apruebo que hayáis abandonado á los venecianos á su loca terquedad. Un hombre prudente como vos no se adhiere á una causa vencida por anticipado.

Las noticias de hoy prueban la alta cordura de vuestro comportamiento. El feld mariscal acaba de conseguir una victoria decisiva en Novara. Las provincias lombardas vuelven á caer en poder del Austria y hay que creer que Manín no se obstinará en una resistencia inútil. Pero ¿qué teneis? Os habéis puesto pálido.

—No es nada,—respondió don Alviso;—debía ser fusilado esta mañana...

—Povero—interrumpió el capitán;—olvidaba vuestra noche de angustias. Por valeroso que uno sea, la muerte violenta y prevista, á día fijo, es siempre aterradora. Dormíais, sin embargo, como un bienaventurado. Otras noticias: la Hungría está ardiendo. Mis compatriotas imitan á los vuestros, pero les cabrá igual suerte. Vuestro ejemplo me servirá. No renunciaré mi empleo para ir á combatir al lado de Bem ó de Gengey. Cada uno para sí, y á fin de que mis jefes no abriguen duda respecto á mis intenciones me voy á Brescia donde estaré á las órdenes de Nugent y de Haynau, dos corazones de bronce. ¿Qué decis de esto? ¿Me lo aprobáis?

—Sí, por cierto, mi querido capitán,—respondió Centoni.—Perdonadme mis distracciones. Tengo todavía en los pulmones el aire apesadado del calabozo.

—Sí,—repuso Pilowitz,—os comprendo. ¡Viva la verdadera libertad! ¡la de comer y beber, la libertad de los buenos vividores!

Terminada la comida dijéronse adiós los dos amigos y Pilowitz montó á caballo prometiendo á don Alviso almorzar pronto con él bajo las Procurazie, en el café Florian. Mientras el capitán emprendía el camino de Treviso, Centoni salió de San-Biaggio en dirección opuesta. A cien pasos de la casa saltó el foso que orillaba el camino y arrojóse sobre la yerba exclamando:

—¡Pobre Italia! ¡Pobre Italia!

Ambos codos en tierra y la frente entre las manos permaneció por largo tiempo inmóvil, llorando á lágrima viva.

—Vamos,—dijo por fin,—volvámonos á Venecia. Libre ó esclava, hay que amarla y servirla.

Centoni enjugó su rostro, levantóse, avergonzado de su debilidad, y emprendió el camino de San-Dona. Dos días después embarcábase para Venecia, en la desembocadura del Piave, y entraba en las lagunas por el paso de Jesolo; pero como no podía desmentir sus instintos llevaba consigo un enorme cargamento de legumbres frescas. Al caer la noche la criada Teresa prorrumpía en gritos de alegría al ver á su amo detenerse en la riva del Carbón hundido hasta mitad de las piernas en una barca cargada de sardinas.

VI

Todos conocen los acontecimientos que ocurrieron en aquel intervalo de algunos meses durante los cuales el viento de la libertad sopló en las lagunas del Adriático. Después de la batalla de Novara, cuando la causa de la revolución italiana quedó perdida, Venecia quiso, por su honor, dar al mundo el espectáculo de una resistencia obstinada á fin de que Europa, que la abandonaba, conociese la grandeza de su desesperación y el precio en que estimaba su independencia. A la historia pertenece la narración de esta lucha heroica. El modesto personaje cuya vida hemos tomado á nuestro cargo referir, no tomó ninguna parte en los brillantes hechos de armas de sus compatriotas. Asistió como simple espectador á la defensa y evacuación de Malghera, á las salidas del coronel Ulloa, á los audaces golpes de mano de Sistori; en cambio desplegó su actividad en la organización de las provisiones y de las ambulancias. Durante los últimos días del sitio, cuando el cólera vino á diezmar la población que se había acumulado en el *sestiere* de San Pedro del Castello para librarse de las bombas, reinó un momento de desorden en todos los servicios. Las municiones de guerra y los víveres se ago-

(1) Nombre que se daba en otro tiempo al soldado alemán de caballería.

taron, pero el precio de la libreta de pan no subió mas allá de *seis quarantani* (veinticinco céntimos). Finalmente el 24 de Agosto de 1849 Venecia, reducida al último extremo, capituló y pocos días después el feld-mariscal Radetzky hizo su entrada en medio de una población silenciosa, pero no abatida.

Nuestro amigo Centoni halló algún alivio á su dolor al pensar que su querida Venecia escapaba á su destrucción completa. Salvo tres ó cuatro palacios algo malparados, los monumentos, las obras maestras del arte acumuladas en tantos siglos, habían quedado intactos. Manin, al escribir una lista de cuarenta personas demasiado comprometidas para exponerse al resentimiento del feld-mariscal, no pensó en inscribir el nombre de su proveedor. Centoni hubiera preferido las persecuciones al destierro, pero el secreto de sus operaciones había sido guardado. Nadie podía decir haberlo visto en el fuego ó armado solamente de un asador; sus compatriotas le hacían poco caso y la policía austriaca no le prestaba mayor atención. Por prudencia, tanto como por inclinación, conservó su antigua costumbre de frecuentarse con las genticillas. Todos los males que la guerra deja en pos de sí, las enfermedades, las miserias que socorren, las heridas de todo linaje que cicatrizar, reclamaban sus cuidados. A pesar de su anhelo de dar toda su hacienda á la república no había conseguido vender sus tierras, ni contraer deudas de una suma igual á su valor.

Obrando como hábil administrador tomó las medidas necesarias para reparar las brechas de su fortuna. Cuando hubo hecho volver á entrar á Matteo en la fábrica de bujías esteáticas de Venecia, procurado encargos de encajes á Susanetta y facilitado á Betta en que *ir viviendo* un buen número de días, sintióse menos triste. Estas ocupaciones no le impedían prestar asiduamente sus servicios á las damas irlandesas ni venir á la *seconda sera* á tomar el té preparado por mistress Hobbes, en compañía de Pilowitz, del abate Gherbini y del viejo comendador.

Una noche, en el momento en que el *campañile* de San Marcos tocaba el repiqueteo de las doce, don Alviso se disponía á salir con los demás tertulianos cuando miss Lovel le rogó que se quedara. En una mesa había muchas cartas cuya entrada en Venecia había sido retardada por el bombardeo. Miss Lovel tomó una de aquellas cartas, como si hubiese querido enterar de su contenido á Centoni, mas después pareció cambiar de idea y echóla sobre la mesa.

—Amigo mío,—dijo ella,—tengo que pedirlos un favor. Este hotel es ruidoso y á cada mo-

mento llegan extranjeros. Tengo necesidad de calma y de silencio; buscadme, os ruego, un cuartito amueblado, barato; uno de esos retiros pintorescos y apacibles como solo se encuentran en Venecia y en donde se puede gozar con delicia del sentimiento profundo de su aislamiento.

—Marta,—dijo mistress Hobbes,—me dáis lástima. ¿Por qué no decirle á nuestro amigo las verdaderas razones?

—Es que me conviene hablar así,—respondió miss Lovel en tono breve.—La reserva y discreción del señor Centoni son las verdaderas razones de mi confianza en él; mi amistad le

—Las circunstancias son graves,—dijo el aya cuando miss Lovel se hubo retirado á su cuarto.—Se nos participa que el padre de Marta se muere. Debe haber fallecido ya á estas horas, porque la menos atrasada de esas cartas tiene ya un mes de fecha. Quizás alguna otra carta se ha extraviado. Miss Lovel tiene demasiado bien colocado el corazón para exponerse al reproche de correr en pos de la herencia de una persona viva. Por otra parte, como solo tenemos enemigos á la cabecera del enfermo, el silencio que guardan nos inquieta. En la incertidumbre en que nos hallamos, hé aquí lo que hemos resuelto: yo parto mañana para Irlanda. Si encuentro que el noble lord es todavía de este mundo, pretextaré mis propios asuntos para explicar mi presencia en Dublin. Si por el contrario ha entregado su alma á Dios, me informo de sus disposiciones testamentarias y vuelvo á buscar á nuestra joven amiga. A vos os la confío, caro *signor* Alviso. Marta no es una niña, pero estará más tranquila sabiendo que veláis por ella.

Centoni prometió prestar á miss Lovel todos los cuidados de un hermano y de un amigo, diciendo que su abnegación no reconocería otros límites que los que Marta misma le impusiera. La buena señora le hizo aún mil recomendaciones á su confidente y separáronse muy tarde para ir á dormir.

El siguiente día hubiera sido muy hermoso en la vida de Centoni si el momento de la separación no hubiese mezclado un poco de amargura al placer de ser útil. Condujo á mistress Hobbes al ferrocarril en su góndola y después de haberle dirigido los más tiernos adioses volvió para ponerse á disposición de miss Lovel, arreglar la cuenta de sus gastos en el hotel Danieli y dirigir con inteligencia y celeridad todos los pormenores de la mudanza y de la instalación en San Maurizio. En algunas horas las cajas, las porcelanas, los objetos de arte fueron colocados en su sitio, las miniaturas fijadas en la pared, los álbumes y los libros en su orden acostumbrado. La góndola de Beppo llegó cargada de flores que fueron depositadas las unas en una *etagere*, las otras en tierra, tanto que el jardinillo cobró en un momento el aspecto de lujo que convenia á la habitación de una mujer bonita. Desde el sillón en que estaba sentada, presidía Marta á la maniobra.

—Si nunca,—dijo á Centoni,—llego á ser propietaria de un palacio en el Gran Canal, como la Taglioni, no tendré otro mayordomo que vos.

(Se continuará.)

Traducción de C. M.



16.—ABRIGOS COLOR ESCARLATE PARA MONTAR, ABRIGOS Y TRAJES PROPIOS PARA CAZA

tendrá en cuenta todas las preguntas que estaría en el derecho de hacerme y que me habrá ahorrado.

—Signorina,—dijo Centoni,—os obedeceré como el jesuita á su superior. Vuestro encargo queda ya cumplido. Puedo indicaros, en la parroquia de San Maurizio, dos lindos cuartos unidos, como decimos en Venecia; están en el primer piso de una casita tranquila donde habitan unas buenas gentes, á mi entera devoción, y que os servirán á manos besadas. Figuraos cuatro ventanas sobre un jardinillo, una higuera en un ángulo, un rosál trepador en la fachada, una vieja pared de cerca coronada de alieles en primavera y de claveles silvestres en este tiempo, todo por seis napoleones de plata, treinta francos al mes. Yo cuidaré del jardín, si lo permitís, y en cuanto á silencio, tendréis cuanto queráis.

—Desde mañana me instalaré en mi nuevo domicilio,—dijo miss Lovel,—y espero que mis amigos vendrán á tomar té como en el Hotel Real. Y ahora, mi caro *signor*, os entrego á las confidencias de mistress Hobbes.